

Cuentos sugeridos para La época de Micael



De 2 A 4 AÑOS

- Cuentos para el tiempo de Micael

4-6 y 7 años AÑOS

- La hija del rey en la fortaleza de fuego
- la princesa y el dragón
- la cometa

Mayores de 6 años

- Como los invitados llegaron al banquete nupcial
- como los invitados se tornaron ayudantes de Micael

CUENTOS PARA EL TIEMPO DE MICAEL

Contado por Bronja Zahlingen a sus niños en el Jardín de Infancia de Viena
Adaptado de Un cuento polaco

Había una vez un rey que gobernaba un país muy grande.

Vivía con su hija en un alto castillo desde el cual se divisaba hasta muy lejos.

Delante del castillo había una plaza grande, donde se celebraban las fiestas más hermosas, con música y bailes.

A la hija del rey le encantaba mirar desde su balcón los coloridos festejos que se hacían cada año al final del verano, cuando la cosecha había concluido.

Los campesinos llegaban desde todas partes con coronas de cereales, con manzanas, peras y otras frutas, con tomates y zanahorias y otras verduras.

Todo eran regalos para alegrar al rey y a su hija.

Los campesinos llevaban vestidos festivos y alegres cintas colgaban de sus sombreros. Cantaban y bailaban los bailes de la cosecha.

Cada año, cuando se acercaba el tiempo de la fiesta de la cosecha, la princesa subía al balcón, llena de esperanza, para saber si podría oír ya las primeras canciones, ver los primeros colores. ¡Qué alegría!

Pero un año no vino nadie. La princesa esperó y esperó inútilmente.

Por fin vio que unos campesinos se acercaban. Pero ¿qué pasaba? No llevaban cintas de colores ni cantaban alegres canciones. Caminaban lentamente, con las manos vacías, con las caras tristes. ¿Qué había ocurrido?

El rey mandó a sus mensajeros y los campesinos les contaron lo siguiente:

- Este año no pudimos cosechar nada porque un dragón vino a nuestro pueblo.

Es tan salvaje que se traga y aplasta todo lo que encuentra en su camino, y lo que no destruye de esa forma, lo quema con el fuego que sale de su boca.

Así que este año no podemos celebrar la fiesta de la cosecha y si no tuviésemos reservas de otros años, pasaríamos hambre.

El rey, deseoso de ayudar, mandó inmediatamente a sus caballeros a luchar contra el dragón.

Pero cuando llegaron a su cueva, sus espadas de hierro y sus lanzas se torcían y se ablandaban por el calor del fuego y no podían luchar contra él.

Después, el rey mandó a sus mensajeros y le ofrecieron al dragón oro, tesoros y todo lo que quisiera, con tal de que dejara el país.

El dragón no quería ni oro, ni tesoros, sólo quería una hermosa doncella. Si se la daban, se marcharía.

Todos se asustaron y nadie quería ofrecer su hija al dragón. Entonces, la joven princesa se acercó a su padre:

-Déjame ir donde el dragón, yo no tengo miedo, quizás pueda salvar el país.

Pero el rey le contestó.

- ¡Ni hablar, querida hija, no puedo entregarte al dragón! Quien sabe lo que te hará.

Nadie quiso dejar marchar a la princesa, pero ella insistía:

- Déjame ir, Dios me protegerá, y si no voy, el dragón seguirá destruyéndolo todo y tendremos que morir de hambre.

El rey al fin respondió:

-Hija mía, anda con Dios.

La princesa se puso un vestido y un velo blancos y subió a la montaña donde estaba la cueva del dragón.

No miraba ni a la derecha ni a la izquierda, sólo miraba de frente y al cielo, que estaba cubierto de nubarrones negros, mientras soplaba un fuerte viento.

Los caballeros acompañaron a la princesa hasta el pie de la montaña.

Allí se detuvieron, porque sabían que con sus armas no la podrían ayudar.

El dragón de fuego salió de la cueva, y en el instante que la princesa miró hacia arriba, las nubes se abrieron y pudo ver el centro del cielo.

Allí había más claridad que en el sol, y desde esa luz radiante apareció el arcángel Micael con su brazo derecho estirado, y desde cada estrella le llegó a su mano un rayo de luz.

Un meteorito le formó una espada de hierro celestial.

El dragón no pudo aguantar y cuando Micael lo apuntó con su espada celeste, cayó a tierra y no se volvió a mover. Su poder se había terminado.

Las gentes se acercaron y llevaron a la princesa junto a su padre el rey.

Después corrieron a sus casas a buscar frutas, verduras y los más hermosos cereales de sus despensas:

-Ahora podemos celebrar una nueva fiesta de la cosecha y será la fiesta de Micael. Ya no tendremos miedo al dragón.

Así hablaron, y se fueron con sus regalos al castillo, cantando.

* * *

UNA HISTORIA DE MICAEL

Del Jardín de Infancia de Washington, USA - Bella Schauman

Un día, al final del verano, un niño pequeño se fue con su padre a pasear por los campos y los huertos. El aire era fresco y cristalino, y la luz como el oro.

El sol brillante había llenado todos los granos de trigo con luz de verano.

Los granos de trigo en sus espigas estaban a punto de reventar sus cáscaras.

Las manzanas en los árboles estaban gordas y coloradas, a punto de caer al suelo.

Durante el día, el niño y su padre estuvieron trabajando.

El padre afilaba su guadaña una y otra vez. Silbaba y cantaba mientras cortaba el trigo dorado.

El niño tuvo que subir por una escalera alta para recoger de los árboles las manzanas amarillas y rojas.

Al principio, tenía miedo de subir por la escalera. Pensaba que podría caerse, pero luego se llenó de valor y subió. Subido en lo alto de la escalera del huerto, llenó cestas y cestas de manzanas maduras y coloradas.

Finalmente se hizo tarde. El padre y el niño habían trabajado mucho y bien. Volvieron a casa donde les esperaba la madre con una deliciosa cena, y luego se fueron a la cama. Aquella noche, mientras el niño estaba durmiendo, el Arcángel Micael se le acercó y le dijo: Vente conmigo, te enseñaré algo especial.

Micael cogió al niño de la mano y juntos subieron alto, alto, alto... hasta que llegaron al reino de las estrellas. Las estrellas irradiaban y brillaban y cuando Micael pasó por delante de ellas las tocó con su espada luminosa.

Tanto amor y fuerza emanaban del toque de la espada que hizo estremecer a las estrellas, dejando brillante luz y deslumbrantes trazos de fuego al pasar ante ellas.

Siguieron adelante, y Micael le contó al niño lo contento que estaba de haberle visto cosechar manzanas durante todo el día en la huerta.

Había visto al niño subido a la escalera, llenando las cestas con manzanas maduras y coloradas durante todo el día. Entonces Micael tomó su espada brillante y la transformó en una lira y se puso a tocar con ella una canción.

La canción era tan pura, buena y verdadera que el niño se quedó mucho tiempo escuchando.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, el niño le habló a su padre de Micael, de su espada luminosa y de la música de la lira. - Me gustaría ir otra vez a ver las estrellas - dijo.

Su padre le dijo:

Vente conmigo, te enseñaré algo especial. Hoy no iremos a cosechar en los campos y los huertos. Hoy trabajarás en casa.

Durante toda la mañana, el padre, la madre y el niño abillantaron las manzanas amarillas y rojas que el niño había cosechado el día anterior.

Cuando terminaron, era hora de comer.

La madre cogió un cuchillo y cortó en dos una manzana brillante y roja.

Y allí dentro encontró una estrella...

* * *

LA HIJA DEL REY EN LA FORTALEZA DE FUEGO

Había una vez un hombre muy pobre que tenía tantos hijos como agujeros tiene un colador. Y todos los hombres del pueblo habían sido ya sus padrinos.

Cuando le nació otro hijito se sentó en el camino, para pedirle al primero que pasase por delante que fuese su padrino. Entonces, apareció un anciano con un abrigo gris y, al pedírselo, éste aceptó encantado, celebrándose poco después el bautizo.

El anciano regaló al padre una vaca con un ternero que había nacido el mismo día que el niño. El ternero tenía una estrella dorada en su frente y debía pertenecer al niño. Cuando el niño se hizo mayor, el novillo se había convertido en un hermoso toro, y todos los días lo llevaba al prado.

El toro sabía hablar, y cuando llegaban al monte le decía al muchacho:

—Quédate aquí y duérmete; mientras tanto yo buscaré mi pasto—. En cuanto el pastor se dormía, corría el toro como un rayo a la gran pradera del cielo y comía flores de estrellas doradas. Cuando se ponía el sol, volvía corriendo y despertaba al niño. Entonces volvían juntos a casa.

Así pasaron los días hasta que el muchacho tuvo veinte años.

Entonces el toro le dijo un día:

—Siéntate entre mis cuernos y te llevaré a ver al rey; cuando lleguemos pídele una espada de hierro de siete varas y dile que quieres salvar a su hija.

Pronto llegaron al castillo del rey.

El pastor bajó y se acercó al rey y éste le preguntó para qué había venido. Cuando se lo explicó, el rey le dio la espada deseada con mucho gusto. Sin embargo, no tenía mucha esperanza de volver a ver a su hija.

Muchos jóvenes audaces habían intentado en vano liberarla.

Un dragón de doce cabezas la había raptado y vivía lejos, muy lejos. Nadie podía llegar hasta allí, pues en el camino hacia la fortaleza había unas montañas imposibles de escalar y, después, había un mar inmenso y tempestuoso, y al otro lado vivía el dragón en su fortaleza de fuego.

Aunque lograrse atravesar la sierra y el mar ¿cómo podría atravesar las llamas poderosas? Y si al fin lograba esto, no hay duda de que el dragón lo mataría.

Cuando el pastor tuvo la espada, se sentó entre los cuernos del toro y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron delante de la montaña.

—Tenemos que volvernos —le dijo el muchacho al toro, porque le pareció imposible llegar al otro lado. Sin embargo, el toro dijo: —Espera un momento — Y puso al joven en el suelo. Apenas ocurrió esto, cogió impulso y con sus impresionantes cuernos apartó todas las montañas pudiendo así seguir su camino.

Otra vez sentó el toro al joven entre sus cuernos y llegaron muy pronto al mar.

—Ahora tendremos que volvernos —le dijo el muchacho— porque nadie puede llegar al otro lado.

—Espérate un momento —le dijo el toro— y sujétate a mis cuernos ----.
Inclinó su cabeza sobre el agua y bebió y bebió, hasta secar el mar entero.
Sin mojarse los pies pudieron cruzarlo como si de una pradera se tratase Rápidamente,
llegaron a la fortaleza de fuego, y ya desde lejos sentían un inmenso calor. El joven no
pudo aguantar más.
—Para —le dijo al toro— no te acerques más, que nos vamos a quemar.
Sin embargo, el toro se acercó lo más posible y todo el mar que había bebido lo escupió
de una vez sobre las llamas. Inmediatamente se apagaron, y hubo una espesa
humareda que cubrió todo el cielo de nubes.
Desde ese vapor terrible se precipitó sobre ellos, lleno de ira el dragón de doce
cabezas.
—Ahora es tu turno— dijo el toro a su señor. Intenta cortar de una vez todas las
cabezas de la bestia.
El joven concentró toda su fuerza, cogió la poderosa espada con sus dos manos y dio al
dragón un golpe tan certero, que cayeron todas las cabezas a la vez.
Pero entonces, el animal se enroscó y se revolvió tanto que la tierra empezó a temblar.
En ese momento, el toro cogió por el torso al dragón y lo lanzó a las nubes, no
quedando ni rastro de él.
Luego le dijo al joven:
—Mi servicio ha terminado. Vete ahora a la fortaleza y allí encontrarás a la princesa.
Llévala a casa de su padre —.
En ese instante, el toro se alejó y regresó a la pradera del cielo y el joven no lo volvió a
ver nunca más.
El muchacho encontró a la hija del rey en la fortaleza. Ella se alegró mucho de ser
liberada del terrible dragón.
-Volvieron a casa de su padre, celebraron la boda y hubo una inmensa alegría en el país
del rey.

* * *

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN

Anónimo

Una vez, hace mucho, pero mucho tiempo, vivía un rey que era bueno y justo, y tenía
una hermosísima hija que era humilde y buena, y todos la querían mucho.
Todo era fecundo y próspero en ese lugar, siempre brillaba el sol, todo el reino vivía
contento y feliz.
Un día, justo al mediodía, se oscureció el cielo y a lo lejos se escuchó un tronar.
La tierra se estremeció y el estruendo aumentaba cada vez más.

Los guardias del palacio subieron a la torre y vieron con gran espanto que un gran dragón se estaba aproximando. Todo lo que se le cruzaba en el camino era aplastado con sus pesadas patas y quemado con su larga lengua de fuego.

Al llegar al palacio, con su voz horrible y estremecedora dijo:

- Quiero llevarme a la princesa.

El rey salió del palacio y preguntó al dragón:

- ¿Qué quieres tú con la princesa?

- Ella será mi esposa.

- Una princesa no puede tomar por esposo un dragón.

- Pues ella será mi esposa. Y si no viene conmigo destruiré todo el reino y ninguna persona quedará viva.

Cuando la princesa escuchó lo que el dragón decía, salió y parándose junto al dragón dijo:

- Antes que el reino sea destruido y todas las personas tengan que morir, iré contigo.

El rey que no quería perder a su amada hija ofreció al dragón todos sus tesoros de oro, plata y piedras preciosas; hasta su valiosa corona de diamantes y perlas, pero el dragón sacudió su horrible cabeza y empezó a escupir fuego.

La princesa abrazó a su padre y llorando se despidió de él.

Decidida se sentó sobre la espalda del dragón y salieron del reino.

Nadie sabía de dónde había salido el dragón ni adónde llevaría a la princesa.

De la torre del palacio bajaron la bandera dorada y una gran tristeza invadió todo el reino. Nadie podía reír ni estar contento.

Así fueron pasando muchos, muchísimos años...

Cierto día aconteció que desde un país lejano, llegó un joven príncipe al palacio que estaba sumido en profunda tristeza.

Se asombró mucho de ver a la gente tan triste y preguntó por la causa, entonces le contaron de la bella princesa y el dragón y que nadie sabía adónde la había llevado.

El príncipe entró al palacio para ver al rey, lo encontró muy envejecido por tremendo sufrimiento, caminaba apoyándose en un bastón de oro.

El príncipe al verlo así, se aproximó y le dijo:

- Iré al mundo para buscar a la princesa. ¡Yo no temo a nada!»

- ¡Oh! - dijo el rey, - El dragón es fuerte y poderoso, mata y quema todo lo que se interpone en su camino y también te matará a ti.

- Lo intentaré, aunque me cueste la vida.- Dijo el príncipe y saludando con sus manos al viejo rey, abandonó el castillo.

Delante del castillo había un precioso jardín y en el medio había una pequeña capilla. El príncipe entró, se arrodilló y pidió a Dios que le mostrara el camino para encontrar a la princesa.

Estaba ensimismado en su oración cuando de pronto la capillita fue invadida por una luz clara, muy luminosa y brillante.

Asustado levantó la cabeza y escuchó una voz celestial que le dijo:

- No temas joven príncipe.

- ¿Quién eres?

- Soy el Arcángel Micael. Yo te ayudaré a liberar a la princesa. Mira, ahí tienes mi espada de oro y mi yelmo; te darán mucha fuerza y coraje y así podrás vencer al dragón. Ahora ponte el yelmo y toma la espada de oro.

- Pero ¿dónde encontraré a la princesa?

- Tú mismo deberás buscarla y solamente así, solo, encontrarás el camino que será largo y penoso.

Y con esto la luz se fue extinguiendo poco a poco.

Salió de la capilla y montó su caballo blanco. No sabía qué dirección tomar, cuando de pronto escuchó una muy suave voz que lo llamaba, miró a su alrededor, pero no vio a nadie; entonces dirigió su caballo en dirección del llamado.

El camino lo llevó a través de un oscuro y tupido bosque casi impenetrable. Necesitó un día con su noche para salir de él.

Al clarear el siguiente día llegó a un desierto inmenso y nuevamente escuchó la suave voz que lo llamaba. Se apeó de su caballo, lo ató y emprendió su camino a pie por el desierto. Hacía un calor insoportable; el sol le quemaba la cabeza y el príncipe sintió muchísima sed.

A cada paso que daba, el yelmo y la espada de oro le pesaban más y fue entonces cuando tuvo la duda de alcanzar su meta.

Al anoecer hizo tanto frío que comenzó a tiritar, trató de abrigarse con su capa y a lo lejos vio brillar una estrella, fue entonces cuando volvió a escuchar el suave llamado...

A la tercera semana se encontró frente a una gran montaña de empinadas rocas y profundos precipicios. Cercanos se escuchaban los murmullos de una fuente de agua y Comenzó a trepar. Allí detrás de la gran piedra el príncipe encontró el agua, clara como el cristal salpicando hacia arriba.

El sol se reflejaba en las finas gotitas de manera que se formaba un hermoso arco iris. Inclinandose el príncipe bebió y sació su sed; nunca había bebido agua más deliciosa. Después también se lavó las manos y la cara y pudo sentirse refrescado y contento.

Con nuevos bríos siguió trepando. El camino se hacía cada vez más dificultoso; el yelmo le apretaba y la espada le pesaba... Por fin llegó a una meseta y empezó a escuchar unos espantosos bufidos, hasta que por fin vio al abominable dragón.

Con su larga lengua de fuego fue aproximándose al príncipe para aplastarlo con sus grandes patas.

Entonces el joven príncipe tomó fuertemente la espada, e inmediatamente sintió que una inmensa fuerza lo invadía de pies a cabeza, y de un certero golpe hizo penetrar la espada directamente al corazón de su enemigo vencéndolo en el acto.

De pronto, volvió a escuchar la suave voz de la princesa que lo llamaba ahora desde muy cerca...

La princesa estaba encerrada en una cueva que no tenía puerta ni ventanas y entonces sucede el milagro: las piedras comenzaron a caer una por una y el príncipe pudo llegar hasta donde ella estaba.

El príncipe quedó asombrado de la princesa; era mucho más hermosa de lo que él había imaginado.

Se acercó y tomándola de la mano le dijo:

- Querida princesa, ven conmigo a mi palacio de oro y serás mi esposa.

La princesa mirando los hermosos ojos del príncipe sintió una enorme confianza y se dejó guiar fuera de la cueva.

Al anochecer llegaron al desierto y encontraron al caballo blanco del príncipe esperándolos. Montaron y cruzaron el desierto, después el bosque oscuro y llegaron al reino de la princesa...

Cerca de la capilla se apearon del caballo, entraron y nuevamente la capillita fue invadida de la hermosísima y dorada luz, seguida ahora de música y cantos celestiales.

El príncipe luego de agradecer a Micael su valiosa ayuda le devolvió el yelmo y la espada de oro. Inmediatamente desaparecieron la luz y la música.

Cuando llegaron al palacio la alegría de todo el pueblo y del envejecido rey fue inmensa. Las campanas comenzaron a repicar festivamente y la bandera dorada fue izada de nuevo.

Fue festejada con pompa y alegría la boda de la princesa con el valeroso príncipe. Después de las fiestas, el joven rey llevó a la joven reina a su palacio.

Allí gobernaron con justicia y vivieron felices por muchos, muchos años.

* * *

LA COMETA

Daniel Udo de Haes

Había una vez un niño que tenía un anhelo muy particular de llegar a ser grande. No te podría decir si es algo que trajo consigo a través del portal del nacimiento o no, pero desde que él tenía memoria esto es lo que quería ser: Un luchador por la justicia y la paz entre los hombres.

Pero no pienses que este niño sólo era un soñador de ideas grandes; tenía sus pies plantados firmemente en la tierra.

Le gustaba correr por los bosques y respirar la frescura de las hojas; le encantaba el canto de los pájaros y el croar de los sapos.

En la playa nadaba desde pequeño como un pez en el agua, pero lo que más le gustaba era sentir el viento y el calor del Sol en su cara.

Pensaba a veces si sólo pudiese volar como las aves, sería magnífico.

Podría jugar con el viento y hacerse amigo del Sol.

Una noche al comienzo del invierno, el niño le contó a su padre el gran anhelo para su futuro y no faltó tampoco mencionar sus ganas de volar y jugar con el viento y el Sol. Su padre lo escuchó atentamente y después de rezar juntos y cantar una canción de la nieve, que, tenlo por seguro, pronto iba a venir y los mantendría encerrados en la casa probablemente por largos días, le contó la siguiente historia:

“Había una vez un niño cuyo padre le ayudó a hacer una cometa. Trabajaron en ella durante todo el invierno hasta que su cruz de madera estuvo rodeada de papel mantequilla color amarillo, rojo y azul.

En la primavera, el niño elevó su cometa y el sol estaba tan encantado con sus colores que envió sus más claros rayos.

Y así la cometa parecía una flamante cruz en el cielo.

El niño dejó que su cometa se elevara lo más alto que pudiera hasta que se acabó el hilo y la cometa no podía ir más lejos. Vino una ráfaga de viento y ¡woosh!, el hilo se escapó y la cometa se fue adentrando en el cielo.

El niño la vio elevarse cada vez más alto.

Pronto se había elevado tan alto que apenas podía verla.

Pero allá arriba en el cielo azul había mucho que ver para ella.

Primero la cometa se encontró con un cuervo.

- Buenos días -, graznó el cuervo.

- Buenos días -, respondió la cometa.

- ¿Eres acaso un pájaro con tus flamantes alas y larga cola?-

- No, no soy un pájaro.

- ¿Qué eres entonces y de dónde vienes?

- Vengo del muchacho que está de pie allá abajo, él mismo me hizo.

- ¿Y adónde vas?

- Eso no lo sé. Quiero volar por el cielo.

- Entonces no perteneces aquí. Aquí arriba todo el mundo sabe de dónde viene y a dónde va. Yo, por ejemplo, vuelo cada invierno a la parte de la tierra donde hay verano. Te aconsejo retornar a los seres humanos abajo, ya que si no sabes adónde vas perderás tu rumbo en el cielo.

Pero la cometa estaba decidida y se elevó más arriba en las alturas. Luego se encontró con una semilla.

- Buen día -, susurró la semilla.

- Buen día -, respondió la cometa.

- ¿Eres tú también una semilla, ya con tallos y raíces crecidas?

- No, vengo del niño que está allá abajo.

- ¿Qué haces aquí?

- No lo sé. Quiero viajar por el cielo.

- Entonces no perteneces aquí. Aquí arriba todo el mundo sabe qué tiene que hacer. Yo, por ejemplo, navego por el aire y tomo el calor del sol. Cuando lo tengo en mí, bajo de

nuevo y lo llevo a la tierra. La tierra entonces hace que una flor crezca de mí. Si no sabes que hacer te aconsejo que descendas a la tierra o perderás tu rumbo en las alturas...

Pero la cometa no escuchó y se elevó más aún, luego planeó cerca de una nube.

- Buenas tardes -, murmuró la nube.

- Buenas tardes -, dijo la cometa.

- ¿Eres una nube con tu llameante rojo del atardecer?

- No, fui hecho por seres humanos. Vengo de allí abajo.

- ¿Adónde vas?

- Oh, sólo hacia el cielo.

- Entonces tú no perteneces aquí, porque acá todo el mundo conoce su propósito. Por ejemplo, yo recolecto el rojo perdido del atardecer y lo convierto en el rojo del amanecer. Llevo con el rojo del amanecer y bendigo a la tierra, y cuando he hecho eso, el sol me trae hacia arriba una vez más para que pueda volver a ser hecho el rojo del nuevo amanecer. Te aconsejo que vuelvas donde está el niño, pues sin una meta perderás tu rumbo aquí arriba.

- Pero la cometa no bajó, sino se elevó aún más.

Luego llegó a las estrellas.

- Buenas noches -, cantaron las estrellas.

- Muy buenas noches -, contestó la cometa.

- ¿Qué nuevas nos traes, cometa, de la tierra? -, cantaron las estrellas.

- Vengo del niño que yace durmiendo allá abajo en la tierra -, dijo la cometa.

- Está esperando a que yo vuelva, pero mientras tanto se ha rendido al sueño y está soñando conmigo.

- Te pedimos que lleves nuestras bendiciones al niño, cantaron las estrellas y cada una de ellas le dio a la cometa algo de su luz.

Entonces apareció el Arcángel Micael. Tomó una estrella y se acercó a la cometa.

Ella ardió en llamas como una antorcha y se precipitó a las profundidades.

El niño despertó del sueño, pero cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que no podía haber sido un sueño normal ya que a su lado yacía solo la cruz de su cometa.

El papel de colores había sido devorado por las llamas y ¡Oh milagro!, la cruz ya no era de madera, sino de brillante hierro celestial.

El niño estaba sorprendido cuando la vio, pero también apenado por la pérdida de su hermosa cometa.

Cuando su padre entró a saludarlo por el comienzo del nuevo día, le contó su sueño y le mostró con tristeza la maravilla de la cruz de hierro.

Su padre lo consoló:

- Estemos más bien felices, hijo. Si tu cometa no se hubiera quemado, tú nunca habrías recibido esta cruz de hierro celestial. Este hierro es más liviano que la madera, más liviano y más fuerte que el acero. Usémoslo para hacer una nueva cometa.

Y así lo hicieron, y al comienzo de la primavera siguiente, cuando la cometa se elevó a los cielos, nuevamente se encontró con esos que vuelan de norte a sur, con el que marcha del este al oeste y con los que peregrinan entre cielo y tierra. Cuando la nueva cometa llegó a las estrellas, se encontró otra vez con el Arcángel Micael y otra vez Micael la precipitó hacia la tierra en llamas. Más la cruz de hierro celestial brillaba mucho más que antes. Lo mismo ocurrió por muchos años y cada año la cruz se hacía más grande y fuerte. Cuando el niño creció y se hizo un joven fuerte y valiente, la cruz se transformó. Se tornó una fulgurante espada que brillaba con la luz de las estrellas. Con esta espada el joven viajó por el mundo convirtiéndose paso a paso en caballero y servidor de Micael.”

Al terminar el cuento, el niño bostezando preguntó a su padre si ellos a la mañana siguiente podrían hacer juntos una cometa. El padre le dio a su hijo un beso de buenas noches y escondiendo una sonrisa, puso su cara seria y le dijo que sí, siempre y cuando él tuviera cuidado luego, al hacer volar la cometa, para no perderla en las alturas.

**Nota: En ciertos países de habla española el nombre de una cometa puede ser volantín, barrilete, o quizá tenga aún otro nombre. Por favor al leer el cuento, cambiar el nombre según el caso.*

* * *

CÓMO LOS INVITADOS LLEGARON AL BANQUETE NUPCIAL

Irene Johanson

Érase una vez un rey cuyo reino era tan vasto que la vida no bastaría para recorrerlo de punta a punta. Vivía en un palacio hermosísimo de innumerables aposentos y salones. Tenía también una torre y en ella una sala en la que sólo el rey podía entrar. En este palacio había también una escalera secreta que conducía a una puerta subterránea muy profunda y solamente el rey tenía la llave y sabía lo que se hallaba detrás de ella. El rey tenía un hijo al que amaba mucho. Llegó el día en que su hijo se iba a casar y se hicieron los preparativos de la fiesta, las mujeres y sirvientes limpiaron y adornaron todo el palacio para el banquete de bodas. Los siervos recorrieron las ciudades y aldeas del reino pasando por todas las calles y caminos invitando a todas las personas que encontraban. Muchos de ellos vinieron a la fiesta de la boda del hijo del rey. Mientras tanto, el rey bajó la escalera secreta de su palacio y abrió la puerta. Una deslumbrante claridad irradiaba del interior y en el medio de esta luz había un ser vestido con una armadura de oro y en la mano llevaba una espada.

Se hallaba delante de un gran armario abierto; donde se veían guardadas muchas túnicas blanquísimas.

- Llegó la hora - dijo el rey. - Preparé la fiesta de bodas de mi hijo y fueron invitadas muchas personas por los mensajeros de todo mi reino.

Pero antes de entrar al salón todos los invitados deberán bajar hasta aquí para que tú, mi fiel guardián, entregues a cada uno una túnica nupcial y así puedan asistir a la fiesta dignamente vestidos.

Y así se hizo.

Todos descendieron a la oscura profundidad de la tierra, traspusieron la puerta hacia la luz y recibieron del guardián una túnica blanca.

Sólo uno de ellos no quiso hacerlo, encontraba penoso bajar tantos escalones.

Fue quedando detrás de los otros y furtivamente se escabulló dentro del salón de la fiesta por la puerta entreabierta, así tal como estaba, en traje común, las manos sucias y con polvo en el calzado.

Después de él fueron entrando los demás invitados, hombres y mujeres en trajes de fiesta y se reunieron en el salón real.

Por fin entró el rey que venía a dar la bienvenida a la boda, fue cumplimentando a todos hasta que llegó a aquél, que entre todas las personas vestidas festivamente llamaba bastante la atención.

El mismo no percibía que todos lo miraban asombrados como diciendo:

- ¿Cómo entró aquí tan sucio y sin prepararse?

Entonces lo que todos pensaban lo pronunció el rey en voz alta:

- ¿Amigo cómo entraste aquí sin estar vestido con la túnica nupcial? ¿Cómo conseguiste entrar?

Se asustó tanto que no conseguía responder. Quedó enmudecido.

Entonces dijo el rey: - Tú no puedes estar aquí, sólo quien con sus pensamientos y acciones sirve a la verdad puede participar de la boda de mi hijo. Tú entraste aquí de modo ilícito y por eso enmudeciste. Las cadenas y las tinieblas serán tu destino. Sólo podrás liberarte cuando hayas aprendido a obrar correctamente.

Los siervos lo llevaron afuera y comenzó la gran fiesta de bodas del hijo del rey.

* * *

CÓMO LOS INVITADOS SE TORNARON AYUDANTES DE MICAEL

Irene Johanson

Cuando ya anocheció el rey les dijo a los invitados:

- Todos vosotros que comisteis la cena con mi hijo, podréis continuar siendo sus amigos, así como también después, cuando cada uno vuelva al lugar de donde vino. Pero antes de partir quiero mostraros cómo podréis servir a mi reino en el futuro.- Entonces el rey llamó a su guardián.

Su voz se escuchó a través del palacio como son de trompetas, llegando hasta las profundidades de la tierra.

Allá el guardián oyó el llamado, subió y apareció ante todos.

- Guardián - ordenó el rey, - muéstrales a estas personas lo que es dado ver a aquellos que se hicieron amigos de mi hijo.

Entonces el guardián fue delante de ellos y los condujo hasta el salón de la torre donde hasta entonces sólo había entrado el rey. Y así, ahora, cada uno de ellos pudo entrar. Ahí en la torre vieron un cuadro enorme.

No era un cuadro pintado, era un cuadro vivo, todo en él se movía de verdad. Vieron a una mujer, una madre con un niño.

Estaba vestida del sol, la luna era un recipiente de plata bajo sus pies; llevaba en la cabeza una corona de doce estrellas.

En esto apareció un dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, sobre cada cabeza tenía una corona, era éste el mayor de los dragones. Apareció delante de la madre queriendo devorar al niño.

Entonces la mujer desapareció con su hijo.

Todos los presentes vieron al enfurecido dragón buscando al niño por todas partes sin conseguir encontrarlo.

Después de contemplar esta imagen extraña en la sala de la torre, todos volvieron al salón real. Allí permanecieron mucho tiempo en silencio.

Finalmente se volvieron hacia el guardián y uno de ellos preguntó de todos:

- ¿Qué ocurrirá con el dragón? ¿Estará en la tierra? ¿Estarán a salvo la Madre Celestial con su Hijo Divino?

El guardián respondió:

- El dragón continúa persiguiéndolos. Una vez lo vencí arrojándolo del cielo a la tierra. Ahora es necesario que sea vencido también en la tierra y para esa lucha necesito de vuestra ayuda.

- ¿Qué debemos hacer? - preguntaron todos.

- Volved cada uno al camino que seguís cuando el rey os llamó. El hijo del rey tiene más poder que el dragón y hoy se hizo amigo de todos vosotros. Por eso no debéis tener miedo del dragón. Pero no os olvidéis de la imagen que visteis en la torre. Pues

vosotros no tendréis que luchar con armas contra el dragón, sino que cada uno debe transformarse en una imagen semejante a aquella que contemplasteis en la torre. Quien llegue a ser igual a la imagen tendrá dominado al dragón y éste estará a su servicio. Cuando el dragón domina es malo, más cuando es dominado se vuelve siervo y pierde la maldad.

- ¿Cómo podemos llegar a ser igual a la imagen celestial, de manera que el dragón pierda sus coronas y su poder volviéndose así nuestro siervo y siervo del reino? - preguntaron los presentes.

- Cada quien que diga la verdad recibirá un día una corona de estrellas, aquél que ame lo bueno en los demás estará un día vestido del sol, y el que obre correctamente quedará un día en pie sobre el recipiente de plata de la luna.

Lo que visteis en el cielo lo debéis realizar en la tierra.- respondió el guardián.

Todos agradecieron al guardián, al rey y a su hijo por todo lo que habían visto y oído en esta fiesta de bodas y volvieron cada uno a su camino.

Algunos olvidaron luego lo que habían visto.

Otros soñaban por la noche con la imagen de la mujer, el hijo y el dragón rojo como el fuego.

Unos pocos guardaron en su corazón todo esto e intentaron siempre realizar lo que el guardián les dijera.

Estos últimos llegaron a ser así sus ayudantes y permanecieron siendo amigos del hijo del rey para todo y por siempre.

